

---

OUELLET, M., *Sacerdotes, amigos del Esposo. Para una visión renovada del celibato* (Encuentro, Madrid 2019). 233 pp. ISBN: 978-84-9055-983-3

En la introducción del volumen –que lleva como título el mismo del libro: *Sacerdotes, amigos del Esposo* (11-26)– el cardenal Ouellet explicita con claridad las razones que le han conducido a recopilar esta serie de intervenciones públicas para ofrecerlas a los lectores precisamente en este momento. Se trata de reconocer que un tiempo de crisis como es el presente –marcado por la tragedia de los abusos y por la pérdida de credibilidad que ha conllevado– es ante todo una “oportunidad de conversión y de crecimiento” (11). Para ello es necesario resituar la reflexión sobre el ministerio sacerdotal y el celibato “en un contexto eclesiológico global, interpretado desde una perspectiva sacramental y misionera, a la luz de un horizonte trinitario y de una visión pneumatológica (...). Desde el punto de vista adoptado se deduce una visión fundamentalmente relacional, que interpreta en clave nupcial la relación de Cristo con la Iglesia, la participación eclesial y en primer lugar mariana en el único sacerdocio, así como el sentido fundamental de la vida consagrada como profesión solemne del bautismo” (19). Este profundo contexto teológico permite al autor declarar, sin tapujos, su convicción acerca de la necesidad de no modificar la praxis actual sobre el celibato sacerdotal en la Iglesia latina: “La vida apostólica de los orígenes no ha perdido en absoluto su actualidad: lo que Jesús instauró como testimonio de continencia total en cuanto Esposo de la humanidad y exigió de sus apóstoles y sus sucesores, sigue siendo la forma de vida evangélica que encarna la comunión trinitaria ofrecida a la humanidad desposada. Como prueba, el estatuto y el estilo de vida de los obispos que, a lo largo de los siglos, permanece invariable e indiscutible tanto en Oriente como en Occidente. Sigue siendo también el ideal para los sacerdotes que participan del segundo grado del sacramento del Orden, como representantes de Cristo Cabeza y Esposo queriendo amar a la Iglesia Esposa en el mismo Amor con que ella es amada por su Señor y Esposo. La hora presente de la Iglesia ‘en salida’ no sacará nada, a mi entender, reduciendo las exigencias del sacerdocio en nombre de imperativos culturales o pastorales regionales” (22).

Tras este pórtico, la propuesta de Ouellet se desarrolla a lo largo de las tres partes que constituyen el volumen: *Primera parte. Sacerdocio común y sacerdocio ministerial. El sentido de la vocación sacerdotal* (27-136); *Segunda parte. El celibato sacerdotal a la luz de María* (137-169); y *Tercera parte. Para una espiritualidad sacerdotal en la escuela de los santos* (171-233).

En la primera parte del volumen –que es, además, con mucho la más larga– el autor ofrece las claves fundamentales de su propuesta teológica. Desde el punto de vista de la elaboración teológica, en efecto, se trata de la parte fundamental. Consta de cuatro capítulos que recogen cuatro conferencias pronunciadas en los años 2012, 2015 y 2017. El primer capítulo se titula *Para una renovación sacerdotal en nuestro tiempo* (29-49) y ofrece, en clave trinitaria, pneumatológica y nupcial –inspirándose en la teología de Hans Urs von Balthasar– una reflexión sobre la relación entre sacerdocio común y

sacerdocio ministerial, caracterizada por su diferencia esencial y su ordenación mutua: “El sacerdocio de Cristo consiste en revelar al Padre, en reconciliar al mundo pecador con Dios y en otorgar el Espíritu para santificar a la humanidad. Cristo lo realiza de dos maneras: como Hijo encarnado que obedece al Padre hasta exhalar el espíritu en el último aliento, y como representante del Padre en virtud de la *exousia* de y sobre el Espíritu que recibe del Padre con su resurrección de entre los muertos. De ahí la diferencia entre el sacerdocio bautismal filial, grávido de Espíritu por la obediencia de amor, y el sacerdocio ministerial paterno que derrama el Espíritu del Padre, es decir, su Amor misericordioso y celoso de Esposo de la humanidad que quiere la salvación de todos en Cristo. (...) esta doble mediación del Espíritu, filial y paterna, constituye, a mi parecer, el fundamento trinitario de la diferencia esencial y de la correlación existencial de los dos modos de participación: una, bautismal, directamente ligada a la vida filial; y, la otra, ministerial, procedente del origen paterno del único sacerdocio de Cristo” (41).

En el segundo capítulo –*Celibato y vínculo nupcial de Cristo con la Iglesia. Valores y desafíos contemporáneos* (47-85)– Ouellet afronta *in recto* la reflexión sobre el celibato sacerdotal en clave exquisitamente teológica y antropológica, y ello sin esconder las críticas que recibe ni las dificultades que encuentra. El punto de partida de su pensamiento es subrayar que “el nacimiento del ideal cristiano de la virginidad y del celibato eclesiástico proviene, todo él, de la novedad histórica y escatológica de Jesucristo. La llamada que Jesús lanza a sus discípulos a seguirle implica dejarlo todo, incluso la vida conyugal y familiar, para *estar con él y enviarlos a predicar*. La forma de vida de los apóstoles (*apostolica forma vivendi*) refleja por su novedad y exigencia la nueva creación, que procede de la gracia y la verdad aparecidas en Jesucristo” (54). Esta conciencia, que la Iglesia ha defendido a lo largo de los siglos, ha sido profundizada por el magisterio en estos últimos tiempos (la referencia es al magisterio de la enseñanza sobre el amor humano y la teología del cuerpo de san Juan Pablo II y a la cristología sponsal presente en la exhortación apostólica *Sacramentum caritatis* de Benedicto XVI a propósito del celibato) en clave eucarística y nupcial. ¿Cómo explicita esta profundización nuestro autor? “La irrupción del Reino escatológico en el misterio eucarístico, uniendo nupcialmente a Cristo y a la Iglesia, es la que justifica fundamentalmente la exigencia de la Iglesia latina respecto a sus ministros y la pertinencia de su legislación bimilenaria. (...) esta tradición bimilenaria elocuentemente el carácter escatológico de la Eucaristía y del ministerio. En el fondo, el amor y la participación en el Reino en devenir son los que justifican la llamada a vivir y a amar como Cristo Esposo” (70-71). En este contexto, el celibato sacerdotal favorece una paternidad fecunda en la vida de la comunidad eclesial que va mucho más allá que la simple disponibilidad para el ministerio. Y esto a imagen del mismo Jesucristo: “Esta forma de vida evangélica corresponde con el compromiso eucarístico del Señor quien, por Amor, entregó su Cuerpo de una vez para siempre y hasta el extremo en la distribución sacramental, y reclama de la persona llamada una respuesta del mismo orden, es decir, total, irrevocable y sin condiciones. En esta vocación al Amor, que testimonia una nueva forma de nupcialidad y fecundidad, el Señor expresa

su propia fecundidad virginal y eucarística para la alabanza de gloria de su gracia y para la salvación del género humano” (77).

*50 aniversario de “Presbyterorum Ordinis”* es el tercer capítulo (87-115) que recoge, efectivamente, una somera descripción del decreto conciliar y de su actualidad. A lo largo de las páginas del capítulo, nuestro autor –describiendo la naturaleza y las funciones del presbiterado según el dictado conciliar, así como la espiritualidad presbiteral en términos de caridad pastoral en modo kenótico– muestra la pertinencia de la enseñanza del Vaticano II con la conversión misionera a la que nos llama el papa Francisco. Y para profundizar ulteriormente en estos temas, vuelve a proponer la perspectiva nupcial –también en sentido mariano– a la hora de desarrollar la espiritualidad sacerdotal y de iluminar la realidad del celibato.

El último capítulo de esta primera parte –*Servidores de la comunión eclesial* (117-136)– recoge una conferencia pronunciada ante un auditorio de obispos de reciente ordenación y, en este sentido, afronta las cuestiones sobre el sacerdocio a partir de la perspectiva del episcopado como plenitud del sacramento del orden. Para ello recupera las coordenadas fundamentales de la eclesiología del Vaticano II (pueblo de Dios, sacerdocio común, sacramentalidad...) e insiste en la necesidad de reconocer la responsabilidad que los miembros del Colegio episcopal comparten, junto a Pedro su cabeza, respecto a la Iglesia universal. Sigue una profundización –de nuevo de inspiración balthasariana– sobre el principio mariano y el principio petrino: “En la Iglesia, María es más fundamental que Pedro (...) porque María encarna la fe inmaculada por la que la Iglesia acoge y entrega al mundo el Verbo encarnado. En la jerarquía más importante, la de la fe y el amor, María reina en el primer puesto; otorgándole su fecundidad una maternidad universal que envuelve en su gran manto a todos los miembros del Cuerpo de Cristo. Pedro representa el ministerio en la Iglesia, es el principio de su unidad visible como pastor universal en calidad de obispo de Roma y cabeza del Colegio episcopal. Puede ejercer su ministerio de representación de Cristo Cabeza y Esposo de la Iglesia, porque la Iglesia, Cuerpo y Esposa de Cristo, está ya constituida por la fe inmaculada de María” (130). Concluye el texto con unas bellas páginas sobre el obispo como servidor de la comunión eclesial.

La segunda parte del volumen nos ofrece dos conferencias-meditaciones que tienen como objeto mostrar cómo el misterio de María ilumina la realidad y el ejercicio del ministerio sacerdotal: *Cenáculo. Invocación del Espíritu Santo con María, en comunión fraterna* (139-153) y *María, el sacerdote y la misión* (155-169). Ambos textos retoman y profundizan, en clave mariana, los temas desarrollados en la primera parte del libro.

Finalmente, la tercera parte recoge un total de ocho homilías, una conferencia y una conversación en ocasión de una peregrinación de sacerdotes, todas ellas en torno a las mismas coordenadas propuestas en el volumen.

A lo largo de sus tres partes, pero muy especialmente en la primera, el cardenal Ouellet –en el marco de teología nupcial– ilumina el ministerio sacerdotal en perspectiva trinitaria, sacramental y mariana, evitando, de esta manera, una comprensión funcionalista y sociológica del sacerdocio que conduciría, inevitablemente, a clericalis-

mos de diversa índole. Más allá de las polémicas estériles y superficiales con las que, desgraciadamente, se afronta en nuestro tiempo la realidad del celibato sacerdotal, la reflexión de Ouellet constituye una eficaz ayuda a la hora de pensar teológicamente el dato incontrovertible de la virginidad de Jesús. Aquellos que, en virtud del sacramento del orden, son configurados con Cristo para asegurar, por obra del Espíritu, su representación sacramental al servicio de la Iglesia, ¿cómo no habrán de conformar *sine glossa* su existencia con el mismo Jesús, virgen, Esposo de la Iglesia?

Gabriel Richi Alberti – Universidad San Dámaso – Jerte, 10 – E28005 Madrid

---

LANFRANCO, *El cuerpo y la sangre del Señor* (Estudio preliminar, trad. y notas de M. Aroztegi Esnaola, *Studia Theologica Matritensia* 14; Publicaciones San Dámaso, Madrid 2009). 183 pp.

Aunque han pasado varios años de la publicación, pensamos que vale la pena dedicar un espacio de recensión a la primera traducción al español del *De corpore* de Lanfranco, tan decisiva en la controversia eucarística y en la teología sacramental del siglo XI. En el Prólogo Aroztegi parece aprobar la opinión de Pedro el Venerable de que la respuesta a Berengario por parte de Lanfranco no fue la mejor (pues le superaron Guitmundo de Aversa y Algerio de Lieja), pero sí fue la fundamental. Este dato no puede desdeñarse a la hora de valorar el significado teológico de la obra traducida dentro de su contexto histórico. También en el Prólogo, se recuerda de forma entrañable a Pablo Domínguez, imposible de olvidar para quienes (como para el que suscribe) disfrutaron de su amistad, de su inteligencia, de su bondad y de su sentido del humor.

El volumen está dividido en dos partes bien diferenciadas. La primera presenta un estudio preliminar, histórico y textual, sobre el autor y la obra (pp. I-LXXVII), y la segunda la edición bilingüe latín-castellano del *Liber de corpore et sanguine Domini*, con notas. Se ponen así las bases para cualquier estudio teológico posterior. Para abordar la vida de Lanfranco Aroztegi recorre admirablemente las fuentes medievales y la historiografía moderna, tratando de indicar en las notas la información considerada más bien probable o dudosa. Como suele suceder en la historia antigua y medieval, nos encontramos a veces con datos procedentes de una fuente única que no se puede contrastar. Destaca la *Vita beati Lanfranci*, de alrededor de 1140, que es citada a menudo. Se podría añadir el epistolario de san Anselmo que contiene también algunas cartas dirigidas a Lanfranco con alguna noticia. Las contribuciones modernas se deben principalmente a Barlow, Álvarez de las Asturias y Gibson.